

Regeneración.

Semanal revolucionario.

80 Num. 9.
Sabado 29 de Octubre de 1910.

EN MEXICO:
Por un año. \$5.00 moneda mexicana
Por 6 meses. \$2.50 moneda mexicana

EDITOR: Anselmo L. Figueroa
519 1/2 E. 4th St., Los Angeles, Cal., U. S. A.
Teléfono: Home A 1360.

EN LOS ESTADOS UNIDOS:
Por un año. \$2.00, oro
Por seis meses. \$1.10, oro
Por tres meses. \$.60, oro

Precio del Ejemplar:
5 CTS., ORO.
10 Cts., Moneda Mexicana.

SOLIDARIDAD

Ante el espectáculo de la guerra bestial de todos contra todos que se inició con la aparición del primer propietario sobre la tierra y se ha prolongado hasta nuestros días, produciendo como lógico resultado la división de la humanidad en dos clases, una de opresores y la otra de oprimidos, de señores y de esclavos, ante el espectáculo de esa lucha que hace completamente extraño a un hombre de otro hombre, y a los hombres de una nación enemigos al parecer naturales de los hombres de otras naciones; ante el espectáculo de esa guerra que parece eterna cabe preguntarse ¿ha progresado el hombre?

El progreso material alcanzado por la humanidad es enorme, es gigantesco si se le compara con su progreso moral, pues mientras todos admiramos el fonógrafo, el cinematógrafo, la telegrafía inalámbrica y la navegación aérea, las más generosas concepciones de los filósofos, aquellas que, puestas en práctica, abrían amplios horizontes para gozar libremente la dicha de vivir, se asfixian entre las pastas de libros rara vez abiertos y todavía peor, rara vez comprendidos.

No es extraño, pues, que hoy como ayer, la lucha por la vida revista el mismo carácter de ferocidad, de hostilidad recíproca que hace del hombre, como dijo Hobbes, el lobo del hombre: "homini hominis lupus." No, no es extraño que el hombre del presente, que sabe manejar la electricidad y que ha encontrado la manera de volar, tenga respecto de los demás hombres el mismo sentimiento de enemistad que tenía el hombre primitivo del troglodita cuando vuelto de la caza encontraba en su vivienda de roca un oso. ¿Una hiena lista para disputarle el alojamiento y el sustento. Progresó la humanidad, pero en un sentido solamente.

Por esto, cuando se habla de solidaridad muy pocos son los que entienden. La solidaridad es el conocimiento del interés común y la acción consecuente con ese conocimiento. A pesar de su sencillez, la solidaridad es desconocida casi por todos. Un egoísta cada vez más grande domina las relaciones de los hombres entre sí. Protestas aisladas contra tal estado de cosas parecen tan pronto como son formuladas, acalladas por el estrépito mismo de la lucha; espíritus generosos que osan erguirse en medio de los combatientes para predicar la fraternidad, caen hechos pedruzcos como florescillas puestas al paso de una tropelada de bestias; para cada redentor hay un Calvario o un Montjuich.

Y en esta lucha implacable los vencedores son siempre los mismos: los inteligentes y los malos, con la única diferencia de que ayer justificaban su triunfo como un resultado de la voluntad divina, y hoy, avergonzados, justifican sus depredaciones con la Ciencia. La teoría de Darwin sobre la selección que explica cómo los individuos mejor dotados para la lucha por la vida son los que triunfan, es el razonamiento que esgrimen los ricos y los déspotas contra los que tratan de poner en duda el derecho que se apropian para explotar y oprimir, aunque olvidando decir, porque así les conviene, que los animales de una misma especie no se destruyen unos a los otros, ni se declaran unos los amos de los otros. La lucha de las especies va dirigida contra otras especies, a la vez que se opera un proceso de adaptación al medio. Sólo la especie humana ofrece el repugnante espectáculo de devorarse unos individuos a los otros, produciéndose con eso un retardamiento del progreso, cuando por la solidaridad hace muchos miles de años que habría esclavizado a la naturaleza y obtenido su progreso integral.

El desconocimiento del interés común a todos los hombres, esto es, el desconocimiento de la solidaridad, hace que cada hombre vea en otro hombre un competidor al que es necesario vencer para poder vivir. El rico vive del pobre, pero a su vez teme a los demás ricos que pueden arruinarle para enriquecerse más. El pobre, por su parte, ve en cada recién nacido una boca más que va a mermar la porción de pan que le permite co-

mer el rico, y, en cada pobre un enemigo que puede alquilarse por menos precio y dejar sin pan a él y a su familia.

Esta lucha implacable que tiene su origen en la falta de solidaridad entre todos los seres humanos, mata en el hombre o al menos debilita en él el instinto de sociabilidad característico de las especies animales superiores, a la vez que lo hace mentiroso, falso, cobarde y egoísta. Triunfan, en un medio así, los malvados, los que no son sinceros, los codiciosos y los brutales, y por eso, mientras el progreso material es grande, las concepciones filosóficas más bellas viven solamente en las páginas de libros comidos por la polilla en los estantes de las bibliotecas.

Pero en vista de que las clases ilustradas y ricas no entienden la solidaridad o fingen no entenderla, o a lo sumo la practican solamente en lo que concierne al estrecho interés de su clase, sin comprender ni practicar la solidaridad que debería unir a la especie humana en una sola fuerza inteligente y activa que pudiese a la naturaleza al servicio del hombre; en vista de las agresiones de esas clases dominadoras, la clase proletaria debe unirse, debe apretar sus filas para poder librar una decisiva batalla en la que tendrá la victoria por la que cuenta mayor número de individuos.

En vez de ver en cada pobre un concurrente molesto, una boca más con la cual hay que compartir las migajas que despreciablemente nos dan los ricos como salario, debemos pensar que es nuestro hermano; debemos haber comprendido que nuestro interés es el suyo y que en la lucha contra las clases dominadoras debemos estar juntos. ¿Hay una huelga? El interés de todos es ayudar a los que están en huelga. Alquilarse en lugar del huelguista es una traición al interés común de los pobres, porque se ayuda con eso a las clases opresoras a no conceder nada a las clases oprimidas. Alquilarse por menos de lo que gana otro trabajador, es igualmente una traición porque se hace ganar más al rico y se empeora la condición de la clase trabajadora con la rebaja de los salarios. ¿Hay que considerar como un mal que se hace a todos, el mal que se hace a un trabajador.

En la Revolución que se acerca, el trabajador mexicano debe mostrarse solidario. Unido fuertemente a los demás trabajadores podrá dar a la Revolución el giro que desee y que esté de acuerdo con su interés. Toma de posesión de la tierra, aumento de los salarios y disminución de las horas de trabajo, junto con la educación, serán las primeras conquistas preparatorias de la gran batalla final que quitará de las manos de unos cuantos lo que se necesita para la producción de la riqueza y su distribución. Pero, hay que entenderlo bien; eso sólo se conseguirá si la Revolución se hace con ese propósito. Mas si desviados los proletarios hacen la Revolución solamente para darse el lujo de tener un nuevo Presidente, o lo que es lo mismo, un nuevo amo, deben entender que no conseguirán con eso el alivio de la miseria, ni el acercamiento al ideal de Libertad, Igualdad y Fraternidad que debe vivir en el corazón de todo hombre y de toda mujer.

RICARDO FLORES MAGON.

Mexico para los Mexicanos

Gentes hay que al darse cuenta de las condiciones que prevalecen en México, que al leer los artículos titulados "México Bárbaro," se estremecen de horror y con ardorosa fe exclaman: "Que intervengan los Estados Unidos; debemos acabar con esa situación que es un oprobio para el Nuevo Mundo."

Tal modo de pensar, si es cierto que expresa una indignación muy natural en el presente caso, indica así mismo una ignorancia absoluta respecto a los sentimientos patrióticos de los mexicanos.

Si se diera el caso de que los Estados Unidos intervinieran en México, ya con el pretexto de emancipar a los

peones o ya para proteger los intereses de Hearst y Díaz, el resultado sería el mismo en lo que se refiere a la actitud que asumirían los mexicanos. Todos ellos, los partidarios de Díaz y sus jurados enemigos, olvidarían las diferencias que los dividen y unidos, presentarían al adversario común, formidable y heroica resistencia.

No. Si se deja a México que resuelva sus propios problemas, lo hará sin duda alguna: derrocará al sanguinario Díaz y establecerá un gobierno constitucional y de tendencias liberales como acaba de hacerlo Portugal.

Que no intervengan los Estados Unidos; que la Patria de Lincoln no trate de impedir que haya libertades en México.

De lo contrario, si los millonarios americanos logran que el poder de este país se use para ahogar las aspiraciones de libertad que conmueven al pueblo mexicano, se habrá demostrado la ineffectualidad de lo que llamamos

gobierno popular, se habrá demostrado que unos cuantos traficantes pueden profanar los principios fundamentales de nuestra constitución y cubrir de infamia a nuestra República.

México para los mexicanos, es el grito de todos los hijos de la tierra de Juárez. Los Estados Unidos deben observar estricta neutralidad, así con respecto a la inminente revolución que va a registrarse en México, como con respecto a los mexicanos que por cuestiones políticas acuden a este país en busca de refugio. Esto es lo menos que habría que esperar de la más grande de las Repúblicas del mundo; pero es lo más, que en los actuales momentos, puede esperarse de este país que fustigado por la rapia comercial, degenera y se olvida de los principios de libertad.

Para salvar a los Estados Unidos de que sus armas se cubran de ignominia atendiendo contra el triunfo de

las más legítima de las revoluciones de los tiempos modernos, la revolución mexicana; para impedir que los soldados americanos vayan a derramar su sangre en defensa de los manchados intereses de Hearst y Díaz, se ha fundado últimamente en Los Angeles, una Liga Anti-Intervencionista, la que pronto contará con sucursales en todas las ciudades de los Estados Unidos.

Todos los que deseen dar muestras de cívica decencia, trabajando contra los designios de los capitanes de la industria que se empeñan en sostener el feroz régimen de Díaz, pónganse inmediatamente en comunicación con la Secretaría de la Liga Anti-Intervencionista, cuya dirección es la siguiente: Box 77, Station C, Los Angeles, Cal.

E. WILFRID PINCHIN.
—Traducido de "LOS ANGELES RECORD" del 24 de Octubre de 1910.

EL GRAN DESFILE OBRERO

Marchemos, Marchemos bajo los Pendones de la Solidaridad

A los Mexicanos y Mexicanas de Los Angeles.

Los Angeles es el baluarte mejor fortificado de la plutocracia americana. Los explotadores de esta ciudad están sólidamente organizados y su poder es inmenso. Dominan a los grandes rotativos locales, a las cortes, las iglesias y la policía. Los "pilares de la sociedad" están por completo al servicio de la plutocracia y la plutocracia se sirve de ellos para aplastar al proletariado. Suponemos una inmensa plataforma—la plataforma de los prejuicios—descansando sobre las multitudes que afanan y producen. Suponemos a los "pilares de la sociedad" encima de la plataforma de los prejuicios y al mundo del privilegio sostenido en alto por los "pilares de la sociedad." Todo el peso gravita sobre las recias musculaturas de los hombres que trabajan. Esa es la situación mundial; esa es la situación de Los Angeles.

El anhelo de los trabajadores de mejorar su condición, es un anhelo santo; el esfuerzo de los de abajo para librar al peso de los prejuicios y derribar el mundo del privilegio, es el más bello esfuerzo del heroísmo nacional.

Así lo han comprendido los obreros de Los Angeles que saben hacer buen uso de sus facultades mentales y por eso decididamente luchan contra la explotación y la iniquidad.

Pero los trabajadores no podrán obtener ventajas efectivas, mientras no se organicen fuertemente en uniones de resistencia. No basta que los obreros de uno o dos de varios oficios se unieron; necesario es que todos los productores sienten plaza en las huestes del trabajo para batir al enemigo común.

Ese es el gran problema que hay que resolver en Los Angeles. Los obreros conscientes quieren que en esta ciudad dominen las Uniones. Los capitalistas no quieren que haya Uniones.

El Jornalero

La tierra se desprezaba blandamente mientras los rayos del sol jugueteaban entre las nubes antes de bajar por sobre los tejados de las casas hasta alamburar y dar calor a la miseria humana.

Son las cinco de la mañana. En el estable vecino muge la vaca y en algún lugar cantan los gallos y las aves trinan.

Los ruidos del día comienzan. El traqueteo del carrito del lechero, acompañado del chocar de botes; el golpe dado en la puerta con el diario de la mañana arrojado por la mano insegura del amodorrado niño repartidor de periódicos; los "¡jupa!" del vecino carretonero que pega el tronco al carro, y el plasar y resoplar de sus caballos; el crujir de la leña que alguien parte para preparar el almuerzo; el escándalo de los trastos de cocina chocando entre sí en el apresuramiento de la hora; el trajín de los primeros tranvías de la mañana. Todo denuncia que el día comienza.

Y que es preciso levantarse,

La lucha es inminente. Los capitalistas locales presentan un cuerpo sólido y bien organizado. Cuentan con abundantes recursos y con el apoyo incondicional de los capitalistas de otras partes del país. Ellos saben ser solidarios y por eso han podido dominar. Los trabajadores necesitan algo más que aprender a ser solidarios—como el trabajador indispensable para obtener la victoria.

Ante las exigencias de esta lucha grandiosa por la emancipación humana, hay que sacrificar valientemente todos los prejuicios que dividen a los trabajadores, inclusive el prejuicio de razas que es el más absurdo de todos los prejuicios.

Es deber ineludible de los trabajadores mexicanos acudir en ayuda de los trabajadores de cualquier otra raza que breguen por las reivindicaciones del proletariado. Es deber ineludible de los trabajadores mexicanos tender su mano fraternal a los huelguistas y en general a los unionistas de esta ciudad que atraviesan por una época de prueba y hacen tremendos sacrificios por unionizar las industrias de Los Angeles y mejorar las condiciones de trabajo.

Hace varios meses que se declararon en huelga los obreros constructores de edificios de acero y los que trabajan en varias cerveceras. La Asociación de Comerciantes y Manifactureros puso toda su influencia y poder al lado de las negociaciones afectadas por la huelga. El Ayuntamiento de la ciudad decretó una ordenanza privando a los huelguistas del derecho que tienen de invitar a los rompe-huelgas a que procedan como hombres y abandonen los puestos que han ocupado con grave detrimento de los intereses de la clase trabajadora.

Para protestar contra esas injusticias y para mostrar al enemigo las

fuerzas del proletariado, se ha resuelto de una manera definitiva llevar a cabo la manifestación obrera que desde hace tiempo se viene preparando. Esta manifestación debió haberse verificado hace varias semanas; pero fué prohibida por la autoridad. Ahora se ha recabado el permiso respectivo y la manifestación tendrá lugar el próximo Jueves, 3 de Noviembre.

El lugar de reunión será la calle de Los Angeles, entre las calles 5a. y 6a., principiando el desfile a las siete y quince minutos de la noche. La manifestación después de recorrer varias calles de la ciudad, se dirigirá al Parque "FIESTA" donde dirigirán la palabra a los manifestantes el Alcalde de San Francisco, McCarthy; el Director del "Citizen," Stanley B. Wilson, y el candidato socialista para Gobernador del Estado, J. Stitt Wilson.

Por medio de estas líneas se invita cordialmente a todos los mexicanos y mexicanas de Los Angeles y los pueblos circunvecinos a que concurrán al lugar de cita, para que tomen parte en la gran manifestación de los proletarios, que será la primera de carácter internacional que se registre en la historia de Los Angeles.

REGENERACION ardientemente desea que en ese desfile se cuenten por miles los mexicanos y mexicanas que asistan a demostrar que el proletariado mexicano conoce sus derechos y sabe ocupar el puesto que le corresponde en los conflictos industriales.

Acudamos todos a donde el deber nos llama. Marchemos, marchemos bajo los pendones de la solidaridad. Marchemos a la conquista del ideal que ha de fusionar a los pueblos todos de la tierra, en un inmenso pueblo de hermanos: en la humanidad nueva, libre y feliz.

ANTONIO I. VILLARREAL.

longadas horas de estar sin sentarse, como por las caminatas largas que se ve forzado a hacer a pie al ir al trabajo, para ahorrar el "cinco" del tranvía.

Las fatigas de uno y otro día, reunidas, le han atacado los riñones; y la mala alimentación unida al exceso de trabajo, le han desgastado.

Su cuerpo implora descanso, enviando al robusto del patrono que a esas horas ronca estentoreamente, durmiendo con la tranquilidad que imparte una despesa bien provista y todas las necesidades satisfechas.

Quisiera dormir más, quisiera una hora, hasta las seis; pero el Fantasma Económico le recuerda que es la hora de alistarse para ir al suplico diario que nosotros mismos nos imponemos por no saber unirnos y rebelarnos contra los holgazanes que nos explotan.

Y es preciso levantarse, porque ya la tierra se desprezaba blandamente mientras los rayos del sol jugueteaban entre las nubes antes de bajar por sobre los tejados de las casas hasta alamburar y dar calor a la miseria humana.

ENRIQUE FLORES MAGON.

La Probable Intervención

La vieja cuestión de la intervención armada del gobierno de los Estados Unidos en México va creciendo en interés al paso que las facciones del movimiento revolucionario se acusan entre las desgarraduras del secular manto de la paz porfirista.

Con los intereses y las tendencias varían las opiniones, los temores y las esperanzas que de la tan explotada intervención se tienen. La oligarquía mexicana desea la intervención y cree poder atraer al ejército de los Estados Unidos a sostener el régimen de Porfirio Díaz o del sucesor que la oligarquía le escoja; una parte del pueblo, muy pequeña por cierto, la teme a fuerza de tanto y tanto estar oyendo a los periodistas de la Dictadura y a otros videntes ponderar el "peligro americano"; algunos políticos que pretenden constituirse ellos mismos en oligarquía substituyente de la actual se sirven de ella como del más fuerte de sus argumentos para combatir la idea revolucionaria, inconveniente para sus proyectos y ambiciones; pero la mayoría de los mexicanos, aunque predomina en ellos la creencia de que la intervención se efectuará, se hallan dispuestos a resistirla hasta lo último del alfiler; la consideran como un peligro inevitable al cual hay que combatir hasta vencerlo o perecer. En los Estados Unidos, el gobierno y los capitalistas mejor quieren impedir la revolución que meterse en la aventura intervencionista, de la que pueden surgir complicaciones desastrosas para su política de imperialismo; guerra de exterminio sería la que se tendría que llevar a México, y puede calcularse que esa guerra sacudiría y provocaría en la América española y en el propio territorio de los Estados Unidos?

Una parte del pueblo yankee, los jingostas patriotas, que no faltan en ninguna parte, están por la conquista armada; se la imaginan cosa fácil; unos cuantos cañonazos en los puertos mexicanos sin defensa, dos o tres matanzas con título de batallas en las que el número y la superioridad de las máquinas de guerra den a los americanos la victoria, un paseo de escuadras al derredor de los litorales mexicanos, una marcha triunfal de regimientos y batallones a través del país y luego la sumisión de los vencidos y la dominación establecida. Las gentes sinceramente cándidas y superficiales apoyan también la idea intervencionista con el propósito humanitario de acabar con las atrocidades de la tiranía porfirista, pensando que la anexión sería un bien para los mexicanos, porque así las leyes y libertades que aquí existen mejorarían la situación de allá. Jingostas y cándidos se equivocan: ni la conquista violenta de México es cosa fácil, ni la intervención produciría mejoramiento para los oprimidos; más adelante veremos por qué. Un tercer elemento que puede colocarse frente a frente de la política imperialista de Wall Street y del gobierno de Washington, se opone a la intervención; ese elemento está compuesto de socialistas, anarquistas, unionistas y libre pensadores conocidos con distintas denominaciones como liberales, iconoclastas y agnósticos; cuéntase también la Liga Anti-Intervencionista que ha empezado a formarse y no tardará en extenderse por todas partes: súmanse aquí energías militantes, veteranas en los diversos campos donde luchan como individuos o organizaciones, que pueden contrariar seriamente y tal vez hasta impedir las acciones depredatorias que contra el pueblo de México pretenda realizar el gobierno de la Casa Blanca y sus inspiradores, los dueños de concesiones y monopolios.

En realidad la intervención no es un peligro cierto sino solamente probable como están las cosas actualmente; de la actitud que asuman en el futuro los elementos que acabo de mencionar dependerá el aumento o la anulación de las probabilidades que por ahora lo colocan frente a nosotros como un problema que no debe despreciarse.

La oligarquía mexicana con Díaz, Corral, Creel o cualquiera otro a la cabeza, llamará directa o indirectamente la intervención del gobierno de Washington, jugará sin duda do-

bles papeles, como ya lo ha hecho en otras veces, que no son los tiranos de México los que se detengan por vileza más o menos grande; pero el gobierno de Washington tendrá que meditar cuidadosamente sus actos, pensando los factores nacionales y exteriores que pueden arrastrarlo a un desastre en vez de llevarlo blandamente a la victoria y al apogeo de su expansionismo. Mas si los tales factores, que hoy por hoy casi son potencias, se reducen por imprevistas circunstancias a la categoría de cerros, o si el orgullo de los mandarines de los Estados Unidos crece hasta la ceguera completa y se hace efectiva la intervención armada, el primer resultado de ella será la caída inmediata de los oligarcas de México y la unión del pueblo, el ejército y la burguesía en un común esfuerzo para rechazar la conquista. Parte del ejército, una pequeña parte, podrá permanecer fiel al gobierno, pero será aplastada antes que las tropas yankees lleguen a socorrerla; no faltarán tampoco líderes pacificadores que aconsejen la sumisión a la tiranía de casa como el medio mejor para alejar al invasor, aunque nadie les escuchará en esos momentos de terrible efervescencia; esos leaders no ofrecerán más resistencia a la actividad revolucionaria que la paja caída en mitad del torrente. La guerra se entablará, sin cuartel, guerra de exterminio, inabarcable; los rencores viejos, los odios que paulatinamente se engrasaban o dormían se despertarán rabiosos, llameantes, indomables porque la estúpida intervención fué a soplarlos y a sacudirlos cuando las energías de un pueblo atroz y largamente oprimido se levantaban en lucha de reivindicaciones. La zanja de los prejuicios étnicos se ahondará hasta ser abismo que la civilización tardará siglos quizá en rellenar; la intervención cumplirá obra contraria al sueño de los humanitaristas que la creen salvadora; determinará una regresión psicológica en los dos pueblos; y, ya demasiado tarde por desgracia, hará comprender a los jingostas yankees la torpeza cometida porque la contienda no se decidirá en grandes batallas; los acorazados, los ejércitos, los grandes cañones son inútiles en la guerra de las guerrillas modernas, el arma suprema de los pueblos oprimidos, con la cual la fuerza invisible de los individuos puede destruir día a día, año tras año las aparatosas fuerzas de las masas militares.

La dominación de Filipinas, con todo y la alianza del gobierno de Washington y los frailes, no causa más que molestias; es una condecoración ridícula prendida en la carne; la vanidad y la necesidad de conservar el prestigio de un poderío formidable hacen que la agitante el pecho del vencedor aunque su rostro no pueda disimular el gesto del disgusto: tarde o temprano la medalla se desprenderá dejando una llaga en la carne que la sostiene mientras acaba de podrirse.

México anexado o intervenido será peor que Filipinas, incomparablemente peor. El zapato mexicano es muy estrecho para el pie del imperialismo yankee; que se lo calce con la intervención y pronto se le verá cojear lastimosamente, llenando de tropezón en tropezón no a las grandes jornadas de la ambición triunfadora sino a la vergüenza del fracaso de los esfuerzos sin gloria, arrastrando consigo a la nación.

La intervención del imperialismo yankee no es solo cuestión de nacionalidades y banderas; entraña serias complicaciones en el problema social cuya solución se busca por las minorías avanzadas de todos los países; al evitarla se protege a un Estado, se previene razonablemente un mal gravísimo para dos pueblos.

La revolución llega, desafiando la amenaza intervencionista; los mexicanos tenemos derecho de hacer nubes que nos vean de reojo los déspotas de toda la tierra. Qué los amantes de la justicia piensen en las consecuencias de la intervención y la impidan en cualquier forma que se intente, ya sea en favor de la tiranía o en favor del pueblo mexicano, porque será una tontería de resultados trágicos.

PRAXEDIA G. GUERRERO.
